

Illouz, Eva. 2023. *La vida emocional del populismo: Cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia*. Buenos Aires: Katz Editores.

M. Eugenia Tripi - eugeniatripi@gmail.com

Facultad de Ciencias Sociales - UBA

Diversos análisis señalan que ciertos regímenes populistas, tanto de derecha como de izquierda, podrían afectar la calidad democrática al debilitar instituciones y profundizar la polarización social. Las emociones que generan estos regímenes generan violencia directa o indirecta, enfrentan a la población de una misma nación y recodifican el malestar social a favor del líder que conserva el poder. En *La vida emocional del populismo*, Eva Illouz, autora de referencia para comprender el papel de las emociones en la vida social, busca comprender cómo cuatro emociones claves –miedo, asco, resentimiento y amor por la patria– destruyen o debilitan a la democracia. Este es el primer libro que toma un caso de estudio específico (Israel) para comprender cómo las emociones se vinculan con los regímenes políticos y la vida cotidiana.

Al considerar al populismo como una política que tiene como herramienta a las emociones, Illouz, siguiendo a Anna Bagaini, destaca tres características centrales en este movimiento: "apela a personas que se perciben a sí mismas como marginadas, emplea una intensa retórica antiélite y muestra actitudes xenófobas" (p. 90). A lo largo del libro, la autora hace entrevistas a actores claves que le dan una perspectiva para entender cómo estas emociones se estructuran en la sociedad israelí. Por ejemplo, le realiza una entrevista a Nadav Weiman, ex soldado israelí, que pertenece a una ONG que invita a denunciar excesos por parte del ejército para comprender cómo se articula el asco y el miedo hacia los palestinos desde esta institución.

El libro se compone de una introducción al surgimiento del populismo de derecha en Israel y las experiencias histórico-sociales en que emergieron las cuatro emociones mencionadas anteriormente. Luego siguen cuatro capítulos en donde analiza en detalle cada

emoción y su vinculación con el régimen populista de derecha en el país y, por último, una conclusión en la cual se expone sus principales resultados y reflexiones sobre las sociedades contemporáneas.

En la introducción, titulada “El gusano de la manzana”, la autora explica que su tema de estudio son las características emocionales y el desarrollo de los populismos de derecha. Tomando como caso de estudio a Israel, pero con la esperanza de que sus conclusiones puedan generalizarse, analiza cómo cuatro emociones claves (el miedo, el asco, el resentimiento y el amor por la patria) llegan a estructurar el campo de visión de los actores sociales en Israel. Apela a una idea de Adorno, según la cual el fascismo tiene como aliada a la burguesía (una mezcla de clase alta y media), ya que esta lo apoyará cuando perciba una pérdida de sus privilegios. Opina que el populismo no es en sí mismo una ideología fascista, sino una tendencia de ella que presiona el campo político a tendencias regresivas y antidemocráticas. Illouz se propone comprender las emociones en el ámbito de la macropolítica y analizar cómo estas sostienen las estructuras sociales y las relaciones de dominación.

Este movimiento es una forma de recodificar el malestar social. El libro sostiene que la política populista israelí recodifica tres fuertes experiencias sociales: los traumas colectivos de los judíos a lo largo de su historia que generaron miedo al enemigo; la conquista de la tierra que genera separación y asco entre diversos grupos de la sociedad; y, por último, la discriminación y resentimiento a los mizrajíes (judíos nacidos en países árabes). Estas cuatro emociones se transmiten en el amor a la nación y/o al pueblo judío. De esta forma, Illouz define al populismo como un proyecto político que aparece en sociedades con un conflicto predominante en torno a la inclusión o exclusión de un grupo, y que busca reforzar la identidad del grupo mayoritario mediante la reparación de heridas simbólicas. Por último, en la introducción, menciona los criterios que hay que tener en cuenta para diferenciar las emociones populistas de las corrientes, como, por ejemplo, que las emociones populistas dividen a la gente y enfrentan grupos entre sí, incitan formas de violencia directas o indirectas, entre otras.

En el primer capítulo, “Miedo y democracia securitista”, explica que este sentimiento es una parte intrínseca de la conciencia social israelí, ya que es prácticamente imposible para los israelíes pensar en términos diferentes a los de seguridad, y consideran al poder militar como el único antídoto. Esto se explica, en parte, por la masacre a los judíos que impregna el

antisemitismo como algo global y, además, Israel en su corta historia ha participado en muchas guerras, conflictos y operaciones de diversa escala. Por ende, se convierte en una democracia securitista, es decir, que orienta sus recursos mentales, morales, políticos y económicos hacia la supervivencia. La seguridad se ha convertido en un rasgo mental clave de los ciudadanos. De esta forma, Netanyahu (primer ministro de Israel) comprendió que el miedo es una potente herramienta política y creó dos bandos: uno que defendería la supervivencia del Estado, otro que la amenazaría (los partidos de izquierda y sus socios árabes). En ese sentido, Illouz postula que Israel muestra lo que Schmitt definió como la esencia de lo político: la distinción entre amigo y enemigo.

En suma, se puede decir que el miedo arrasa con el campo político en la democracia y justifica la suspensión de derechos y libertades básicas; vivir en un estado de miedo bloquea la comprensión de que el enemigo es también un ser humano asustado que vive entre nosotros. Otro de sus efectos es que hace renunciar voluntariamente a la libertad bajo la bandera de la seguridad, y que se sustituya el pensamiento y la deliberación moral por la supervivencia. Es interesante destacar que la autora logra poner en palabras una emoción que ha estado presente en la política desde hace mucho tiempo, pero que en la actualidad se utiliza con mayor intensidad en el discurso partidario para crear bandos y dividir a la población. Comprender cómo se estructura y opera el miedo en las personas a la hora de elegir un líder resulta fundamental para interpretar las verdaderas demandas y emociones implícitas.

En el segundo capítulo, "Asco e identidad", se analiza la emoción del asco y cómo conforma la identidad de un grupo, en contraposición a quien se aborrece. Al tener como caso de estudio a Israel, Illouz se centra en la importancia de la separación entre lo puro y lo impuro en el judaísmo. El asco se manifiesta como una reacción fisiológica que impulsa a alejar o eliminar aquello que lo provoca (como la basura). Además, es una emoción que se construye también a través de palabras e imágenes asociadas a objetos específicos. Su característica central como emoción social es que aborrece la mezcla y la proximidad, ya que genera contaminación entre las entidades puras y las impuras. De esta forma, el asco es la emoción más apropiada para los regímenes políticos que necesitan una justificación para dominar y separar geográficamente, como es el caso de Israel con la población árabe y la ocupación que se lleva adelante. Al gobierno de derecha de este país le importa mucho preservar la presunta pureza étnica del pueblo judío, utilizando como base de su política esta

emoción, por ejemplo haciendo campaña política en contra de la mezcla entre judíos y árabes en la playa.

La autora concluye que la dominación constante de una población empobrecida y privada de condiciones sanitarias básicas genera un asco que se integra en una ideología que justifica su dominación y violencia sistemática. La política del miedo une contra un enemigo común, pero es la del asco la que profundiza la separación, transformando a los adversarios en enemigos impuros. El asco cumple un rol crucial en la polarización actual, amenazando los principios de una sociedad democrática y pluralista, y promoviendo un orden basado en la exclusión y la contaminación simbólica. El asco hacia otro grupo social permite que las personas dejen de percibir al otro como un igual, llegando incluso a deshumanizarlo, lo que facilita la justificación de la dominación, y se presenta no solo como aceptable, sino como necesaria para preservar un supuesto orden social.

El tercer capítulo, “Resentimiento, o el eros oculto del populismo nacionalista”, está dedicado a esta emoción, que la autora describe como aquella que recrea y reaviva el mal que nos han hecho. Es una emoción pasiva en donde se reclama igualdad sin actuar en consecuencia, y de ahí surge una pregunta clave que trae esta emoción: si es una expresión de una exigencia de justicia o una variante de la envidia. Provoca una forma de pensar constante sobre la pérdida de privilegios, con un deseo, implícito o explícito, de vengarse de quien se cree responsable.

Podemos ver cómo actúa el resentimiento en la política de Israel: los mizrajíes son judíos que emigraron a Israel desde África y Asia y sufrieron una importante discriminación por parte de los asquenazíes (judíos de Europa Oriental y Occidental). Entre ambos grupos étnicos se da una brecha importante en las condiciones de integración y movilidad; esta desigualdad fue utilizada por el partido derechista para transformar la experiencia social real de discriminación de los mizrajíes en un resentimiento duradero contra los asquenazíes. El resentimiento se construye a partir de heridas del pasado, atribuyendo injusticias actuales a enemigos históricos, como a la izquierda en Israel. Aunque nace de desigualdades reales, en lugar de promover justicia universal, se canaliza en hostilidad hacia grupos señalados como élites y alimenta deseos simbólicos de venganza. Esto trae tres consecuencias: en principio, se descarta el universalismo por considerarlo propio de las élites (los dos ámbitos más notables son el derecho y la educación); los líderes convierten la condición de víctima en un

arma política; y, por último, el deseo de venganza logra que las personas ignoren sus intereses económicos para reparar la injusticia.

La autora compara el caso de Israel con Estados Unidos, cuyos líderes políticos (Trump y Netanyahu) recurren al victimismo como estrategia retórica, en la que se manifiesta un desplazamiento en la atribución de causas y culpas que genera resentimiento. Trump utiliza el victimismo blanco en sus discursos al presentar a los hombres blancos de clase trabajadora como víctimas de una supuesta opresión estructural. De esta forma, se genera la percepción de que otros grupos “como las mujeres, personas negras, latinas o LGBT” han accedido a beneficios de forma injusta, lo que despierta una envidia impotente al ser vistos como favorecidos por el sistema legal. El victimismo puede entenderse, en este contexto, como una modalidad específica del resentimiento, ya que articula una identidad política centrada en la supuesta pérdida de privilegios y en la demanda de reparación simbólica. Esto es tomado por el populismo que desdibuja el lenguaje moral del liberalismo, usándolo para fines opuestos y debilitando su capacidad para representar a los verdaderos oprimidos.

De esta forma, el resentimiento, aunque no es en sí antidemocrático, ya que surge como una emoción que reclama reparación e igualdad, se vuelve un vehículo de división y venganza cuando es capturado por líderes populistas. Resulta destacable que el resentimiento sea una de las emociones más difíciles de comprender en sus connotaciones negativas, ya que, si bien surge de experiencias reales de injusticia, su impacto depende del modo en que es utilizado y de quién lo incorpora al discurso político.

En el cuarto capítulo, “Orgullo nacional como lealtad”, Illouz describe al nacionalismo como una emoción colectiva duradera, caracterizada por el apego a los símbolos y valores que se consideran definitorios de la comunidad nacional y de la identidad que sus miembros construyen como integrantes de ella. Este amor por la patria se caracteriza por dirigirse a los semejantes que integran la nación, funcionar como una forma de amor propio (ya que aquellos a quienes amo se parecen a una) y trazar una distinción con quienes quedan fuera del grupo. Este sentimiento puede adoptar una forma inclusiva, al integrar a otros, o una forma excluyente basada en la discriminación y la autocelebración. El nacionalismo israelí parte de una definición religiosa de lo que es una nación, y se basa en la entidad supraterritorial del pueblo judío más que en una definición cívico-republicana. Un ejemplo del nacionalismo religioso en Israel es que el Estado no reconoce la nacionalidad israelí como identidad válida. Desde 1948, se registra a los ciudadanos según su origen étnico o religioso:

los judíos como judíos, los árabes como árabes y los no judíos según su país de origen, lo que refuerza la idea de que no existe una nación israelí, sino únicamente una nación judía.

Por otro lado, el nacionalismo comenzó a articular una división étnica y de clase, convirtiendo la religión y el nacionalismo identitario en marcadores de clase. En el caso de Israel, esto se refleja en la oposición a la llamada "clase cosmopolita", caracterizada por su movilidad internacional y su adhesión a valores democráticos liberales y presentada por Netanyahu como antipatriótica. En contraste, para los sectores social y económicamente marginados, el nacionalismo ofrece un sentido de pertenencia y orgullo ante la pérdida de privilegios. Así, la clase media baja menos educada asume el rol de defensora de la nación frente a una élite cosmopolita. En suma, el orgullo nacional puede operar como una fuerza de cohesión al construir una identidad compartida basada en territorio, religión e historia, pero también corre el riesgo de ser instrumentalizado por líderes populistas para dividir y manipular. Esto puede generar una lealtad a la patria entendida como una comunidad de hermandad, pero a veces marcada por una adhesión ciega.

Por último, en la conclusión, "Las emociones en una sociedad decente", la autora termina el análisis explicando que estas emociones forman la matriz del populismo ya que generan antagonismo entre grupos sociales dentro de la sociedad y distorsionan la percepción de la realidad. El miedo crea enemigos, el asco refuerza la distancia entre grupos, y el *ressentiment* redefine identidades desde la autovictimización a través de heridas colectivas. Estas emociones, junto a un patriotismo que promete unidad solo hacia adentro, desplazan la política hacia la exclusión y la confrontación. Propone que en una sociedad decente deben primar las emociones como la fraternidad y el universalismo. La fraternidad se basa en una concepción moral y legal de la justicia dentro de la comunidad política y presupone la extrañeza y diversidad radical. Para desarrollarse es necesaria una concepción universalista de las personas afianzada en los derechos y la cultura moral. Illouz plantea que la renovación de la sociedad civil israelí dependerá de un diálogo entre el judaísmo con vocación universalista y una cultura política que garantice derechos a las minorías no judías.

Este libro constituye un aporte muy valioso desde la sociología de los afectos y las emociones para comprender el mecanismo por el cual los líderes populistas dan significado al malestar social a través de narrativas que difunden ideas antidemocráticas y refuerzan el control sobre quienes los respaldan. Illouz demuestra cómo emociones como el miedo, el asco, el resentimiento y el amor a la patria pueden estructurar la vida política y cotidiana en

contextos populistas; y ofrece claves analíticas útiles para comprender el ascenso de líderes como Trump, Meloni o Netanyahu, así como el vínculo que ellos establecen entre nacionalismo, religión y tradición.

Bibliografía

Illouz, E. 2023. La vida emocional del populismo: cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia. Buenos Aires: Katz Editores.